

¿Va Bolivia al socialismo?

Fernando Molina

EN UN SEMINARIO INTERNACIONAL DE PERIODISTAS ESCUCHÉ varias veces la estrambótica opinión de que, por obra de Evo Morales, Bolivia marcha hacia el socialismo. Lo mismo dijeron de Venezuela, no sé con qué fundamento. En todo caso, el Gobierno de Morales no resiste una definición simplista como ésta, aunque el nombre de su partido sea justamente MAS, es decir, «Movimiento al Socialismo». Un nombre que, sin embargo, sirve como marbete para muchas ideologías distintas que se organizan, antes que en torno a una propuesta modélica de nueva sociedad, alrededor de un *rechazo* a la sociedad tal como es. Las disímiles facciones que componen el MAS no se han puesto de acuerdo respecto al curso de la transformación que ellas mismas están impulsando (unas hacia el Estado del bienestar, otras hacia el Estado multicultural, y algunas, sí, aunque no las más importantes, hacia el socialismo), pero se unirían fácilmente para condenar el presente en cualesquiera de sus aspectos. Esto también se expresa en el Gobierno, que por eso llamo un gobierno «anti», es decir, *contrario* a cierto tipo de política económica, a cierta visión de la democracia, y a determinada orientación de la cultura. Su programa no es original: consiste en la negación de los proyectos, los personajes y los poderes anteriores, aun al precio de recaer en las ideas que los antecedieron. La definición más concreta sería la de *gobierno antiliberal*, en las dos dimensiones en que esto es posible: la económica y la política.

Lo que, simplificadamente, planteaba el «neoliberalismo» económico de los años 90 era: *Inversión = nuevos negocios = más empleos = menos pobreza*. Se trataba de hacer, pues, todo lo posible, incluso sacrificios económicos a corto plazo, para atraer a la inversión privada, particularmente la extranjera, de modo que se asegurara la obtención de grandes beneficios a medio plazo.

Sin embargo, esta cadena no se verificó en la práctica. Sólo tuvo lugar la inversión, y, por tanto, solamente creó

actividad económica en las zonas modernas de la economía, con lo que el efecto de «derrame» sobre el resto del país, es decir, sobre el país marginado, el país indígena, no se produjo. ¿Por qué?

En opinión del MAS, se debió al carácter de esa inversión, realizada por transnacionales obsesionadas por el lucro, que han inventado la «globalización» para invadir a los países con recursos naturales, explotarlos por medio de «enclaves» y saquear sus excedentes, bajo la protección de las reglas de inversión y comercio impuestas por «el imperio». Éste es su diagnóstico y de él se deriva el tipo de solución que propone, comenzando con la denuncia de los supuestos responsables de la explotación: las transnacionales extranjeras, las elites que fueron sus cómplices, y Estados Unidos.

Se trata entonces de «nacionalizar» estos enclaves y de desplegar una política anti-transnacionales, anti-elites (en especial contra las elites más conservadoras del oriente del país) y anti-norteamericana (pero también, a veces, anti-extranjera). En otras palabras, frente a las amenazas y las decepciones que implica el tipo de modernización que se desarrolló en el país en las últimas décadas, se opta por «mirar hacia adentro»; esto es, por recuperar los excedentes de los enclaves, en especial los petroleros, y usarlos para hacer lo que los anteriores receptores de estos excedentes no pudieron: industrializar el país (en la onda del desarrollismo y la «sustitución de importaciones» de los años 50), crear un mercado interno y extender el capitalismo (no el socialismo) por todas partes.

Esta «mirada al interior» tiene una serie de implicaciones ideológicas. Se trata de una orientación nacionalista, por supuesto, que cuando se sale de la economía y llega más allá, a la cultura, se convierte en la exaltación de lo tradicional, las culturas y las religiones nativas, en oposición a lo importado occidental. El nacionalismo se combina así con el *indigenismo*, formando una mezcla que está de moda, que es impactante en un país con la historia de Bolivia, y que se corresponde bien con las inclinaciones de los principales intelectuales oficialistas. Aunque, al mismo tiempo, ha aumentado la distancia entre el Gobierno y las regiones menos indígenas del país, las del oriente y el sur, y ha provocado un choque con la Iglesia católica por el tipo de educación religiosa que se impartirá en la escuela.

Sin embargo, la línea ideológica principal no deja de ser la *antiliberal nacionalista*, que tiene, además, una larga y exitosa historia en el país, pues se le debe la revolución nacional de 1952. Ahora se expresa, por ejemplo, en la nacionalización de la industria petrolera que está en curso. El Gobierno también planifica la re-estatización de las empresas que fueron privatizadas durante los años 90 y un conjunto de medidas que son la imagen especular y, como tal, invertida, de las políticas aprobadas en esa década, cuando campeaba el «neoliberalismo». (Todo lo cual confirma el carácter «anti» del Gobierno).

Mencionamos arriba que el *antiliberalismo* tiene también otro sentido, el político, que consiste en la oposición a la forma institucional (de reglas y procedimientos) de la democracia, considerada en determinado momento como «una simulación» por el vicepresidente García Linera. Tanto él como Morales

hicieron su carrera criticando la institucionalidad, llamando a tomar «medidas de acción directa» en todos los campos, por lo que no es raro que ahora, una vez en el poder, no crean en, ni se sientan cómodos con el entramado de pesos y contrapesos, de requisitos y recursos que sostienen a la democracia. Al contrario, desconfían de estas instituciones y tienden a elevarse por encima de ellas, para actuar *directamente*, sin detenerse en las formas y en los *cómos*, justificados de antemano por su propósito. Es decir, no recurren a los métodos institucionales para cumplir las tareas estatales, la lucha contra la corrupción, por ejemplo, sino que, yendo directamente al grano, prefieren colgar simbólicamente a unos personajes supuestamente deshonestos de los mástiles de las plazas.

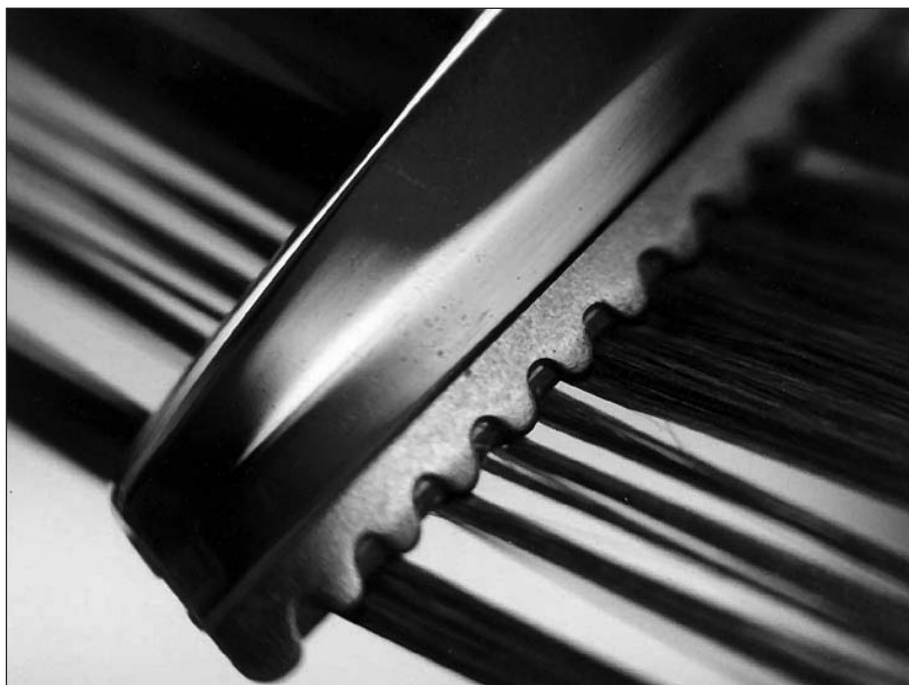
Tales son los dos elementos más importantes de la ideología boliviana mayoritaria. Agreguemos que este tipo de procesos, por su naturaleza emotiva, se tornan intensamente personalistas, lo que promueve el surgimiento de una figura bien conocida en la historia nacional y latinoamericana: el *gran caudillo*, el hombre visionario capaz de amalgamar, mediante su liderazgo, la diversidad ideológica, étnica, clasista y organizativa existente. No en vano García Linera ha llamado al MAS, y a su estela de simpatizantes, «evismo».

Pues bien, por esta razón, la concepción política del caudillo y de sus colaboradores de mayor confianza reviste un carácter decisivo. En el caso del MAS, se trata de dirigentes populares de diversa pelambre, aunque cortados todos por la misma tijera del sindicalismo tradicional, que en Bolivia es una mezcla de maximalismo retórico con egoísmo sectorial (lo que los vuelve, en muchos casos, oportunistas). A este grupo pertenece Evo Morales, también dotado, igual que sus compañeros, de una gran flexibilidad práctica —especialmente en cuestiones ideológicas— escondida detrás de una elocuencia incendiaria.

En la medida en que sea posible atribuir una concepción coherente a estos hombres, ésta tendría que ser el «nacionalismo revolucionario» que guió a la revolución boliviana. Aunque Evo Morales admira a Fidel Castro, a quien llama su «abuelo sabio», también habló de las «diferencias» que mantiene con él, lo que no ha hecho en relación a Hugo Chávez. Y aunque Evo Morales cree que en Cuba hay democracia, ni él ni su partido podrían durar un segundo en un régimen que, como el cubano, esté basado en la capacidad organizativa y coercitiva de un aparato de índole bolchevique, porque carecen por completo de recursos para montar y poner en marcha una maquinaria de este tipo. Lo suyo, en cambio, es la apelación directa y plebiscitaria (no institucional) al mandato popular, a la acción de masas, al acto puro de rebeldía. Morales sólo se siente cómodo en campaña electoral, y, en cambio, fracasaría rotundamente como un «comisario» de esos que inventó Lenin, obsesionados por el orden y la planificación.

Nadie puede predecir el futuro, pero si yo tuviera que apostar por algo, apostaría por que Bolivia no va hacia el socialismo, sino hacia un destino mucho más conocido en nuestro continente: la «monarquía», es decir, el reino de un caudillo popular que, sobre la base casi sagrada de su carisma, oficia por enésima vez un «nuevo» culto al pueblo, ofreciendo a sus adherentes

la posibilidad de una «revancha» (real o simbólica) por los agravios recibidos en el pasado, así como nuevos ingresos, nuevas oportunidades y nuevas posiciones. Este reino pretenderá ser una «ciudad celestial», pero probablemente terminará en un pequeño infierno de caos institucional, desorden y estancamiento económico y corrupción, apenas la labor destructiva del pasado ceda su lugar a la necesidad de gestionar el futuro, ya no con furibundos discursos o con cándidas creencias, sino con los únicos materiales que están disponibles: exceso de necesidades y vicios, así como escasez de recursos y de virtudes. Exactamente los mismos materiales con los que trabaja, y a veces con mejores resultados, el liberalismo.



Cut.
Impresión fotográfica digital sobre papel, 60 x 72 pulg., 2001.